

CIEN AÑOS DE NOVEDAD

“La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”
de Sigmund Freud (1908-2008)



NÉSTOR A. BRAUNSTEIN  BETTY B. FUKS
(coordinadores)

SIGMUND FREUD
NÉSTOR A. BRAUNSTEIN
MARCO ANTONIO COUTINHO JORGE
CARLOS L. FERNÁNDEZ GAOS
BETTY B. FUKS
MARTA GEREZ AMBERTÍN
DANIEL KOREN
ANA MARIA RUDGE
ALEJANDRO SALAMONOVITZ WEINSTOCK
SÉRGIO TELLES
URANIA TOURINHO PERES





siglo xxi editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores, s.a.

TUCUMÁN 1621, 7º N, C1050AAG, BUENOS AIRES, ARGENTINA

siglo xxi de españa editores, s.a.

MENÉNDEZ PIDAL 3 BIS, 28036, MADRID, ESPAÑA

BF692

C54

2008 *Cien años de novedad. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" de Sigmund Freud (1908-2008) / coordinado por Néstor A. Braunstein, Betty B. Fuks ; por Néstor A. Braunstein ... [et al.]. — México : Siglo XXI, 2008*
217 p. — (Psicología y psicoanálisis)

ISBN 978-607-3-00023-9

1. Freud, Sigmund, 1856-1939. 2. Sexo (Psicología)
3. Ética sexual. 4. Cultura. 5. Nervios. I. Braunstein, Néstor A., ed.
II. Fuks, Betty B., ed. III. Ser.

primera edición, 2008

© siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 978-607-3-00023-9

derechos reservados conforme a la ley
impreso en impresora gráfica hernández
capuchinas 378

col. evolución

57700 estado de méxico

3 de noviembre de 2008

PRELUDIO

¡Qué título más extravagante para un artículo escrito hace cien años!

¡Qué manera de unir lo discordante!

La moral sexual “cultural”. Dos adjetivos, uno de ellos tan extraño en su unión con el sustantivo como para ponerlo entre comillas. Si no fuese por el artículo en el comienzo del largo título uno podría pensar que se trata de tres adjetivos: moral, sexual y “cultural”. ¿Cómo y quién podría ser moral, sexual y también cultural?

Después de afirmar en cuatro palabras la existencia de un sujeto así de excepcional (o incongruente) viene una conjunción, “y”, para ligar ese sujeto con otro: “la nerviosidad moderna”. Este segundo sujeto incluye una presuposición también insólita: hay una nueva forma de la nerviosidad, “moderna”, que debe diferenciarse de otra que sería antigua o pasada de moda. La patología “de los nervios” cambia con el tiempo; la de hoy (1908) no es la de ayer y el cambio estaría en relación con las normas morales de la “cultura”. (¿Es que hay otras normas que las culturales?)

Aceptemos todas estas singularidades del título freudiano y dispongámonos a reflexionar en lo que ha pasado en estos cien años: ¿tenemos la misma “moral sexual cultural”? ¿es la misma la “nerviosidad moderna”? Habiendo cambiado tanto los dos términos ¿qué pasa con la conjunción de ambos? ¿Cómo se conectarían hoy (2008)?

Freud nombró con precisión y arrojo los términos del problema: las características de la vida urbana, la doble moral sexual para hombres y mujeres, la maldición de la relación inflexible entre sexualidad y reproducción, la exclusión de las salidas (así llamadas) “perversas”, la prolongación indebida de la castidad, la exclusión —más performativa que practicada— de la infidelidad conyugal, la hipocresía en la alcoba, la neurosis como protección de la “virtud”, la condena a los homosexuales que demostraban tantas aptitudes para la sublimación y el enriquecimiento de la vida cultural, el desconocimiento de la sexualidad infantil, la indisolubilidad del vínculo matrimonial, la relegación de las potencialidades del goce femenino. ¿Consecuencias? La neurosis generalizada, la acrimonia entre hombres y mujeres, la

anulación de las posibilidades de una vida fuera de los cánones establecidos como “normales” que son de penoso cuando no quimérico cumplimiento.

Hoy en día todo eso ha cambiado... ¿ha cambiado tanto como para que digamos que el vínculo social ha mejorado, que el malestar en la cultura diagnosticado en 1930 ha disminuido? Todo es distinto... y todo sigue siendo causa de preocupación. La condición de la mujer es radicalmente distinta pero la igualdad de oportunidades sigue siendo una meta a alcanzar y la diferencia jerárquica entre los roles masculino y femenino sigue siendo opresiva. La organización familiar patriarcal ha dado paso a una caótica anarquía que deja con frecuencia en la indefinición al lugar de los hijos. La neurosis ordinaria se ha transformado en perversión cuando no en psicosis ordinaria. Los niños toman el lugar de objetos transicionales en manos de padres que siguen siendo niños (“época del niño generalizado”, decía Lacan). El reconocimiento de la capacidad de elegir el modo de ejercicio de la sexualidad ha dado lugar a la mercantilización de las modalidades de consumo sexual y a una desvalorización de las posibilidades del amor como forma del vínculo entre seres del mismo o de otro sexo. La precocidad en el comienzo de la vida erótica termina por manifestarse como indiferencia ante la pareja. La independencia entre sexualidad y reproducción como ausencia de responsabilidad por los hijos que se engendran.

En el plano de las representaciones y de las concepciones sobre la sexualidad reina la mayor confusión y lo esencial del mensaje freudiano acerca de las pulsiones, siempre parciales, es desconocido y transformado en intentos de soluciones sexológicas ante lo que Lacan definió, para escándalo de todos los que no se detuvieron a entender el mensaje freudiano, como la inexistencia de la relación sexual. La mistificación de la actividad de las pulsiones en el mundo contemporáneo es favorecida por el éxito de un psicoanálisis “mediático” que se difunde con tanta más facilidad cuanto mayor es la falsificación que se propone. La invasión de la dimensión imaginaria en la televisión y la Internet permite la ocultación de lo real sexual al preservar la confusión entre la satisfacción de la demanda con objetos de consumo y la insatisfacción estructural del deseo. La insistencia en la globalización de la vida sirve para encubrir la segregación de los goces clandestinos que siguen siendo repudiados por los discursos falaces de la “liberación”. Es verdad también que en el pensamiento académico se ha

operado un retroceso que parece definitivo en las manifestaciones reaccionarias y que un aire vivificador proveniente de los discursos de los “condenados de la tierra” ha tomado los lugares de preeminencia a la vez que las posiciones que podrían pretender el retroceso a los tiempos patriarcales han pasado a actuar en la penumbra y en la retaguardia del mundo académico. El prejuicio tiene hoy mala prensa.

En estos terrenos el psicoanálisis es presentado como una respuesta respetable en su momento pero superada por el tiempo transcurrido, como si no tuviera ya nada que decir, como si su “novedad” se hubiese agotado. Lo esencial del planteo de estos ocho textos, cuatro escritos en español, cuatro en portugués, es la demostración de que la “novedad” sigue en pie, que todos los “progresos” alcanzados en la sexualidad en occidente ponen de manifiesto con mayor claridad que nunca lo que falta por lograr en cuanto a las relaciones equitativas entre hombres y mujeres, en cuanto al reconocimiento de las peculiaridades sexuales, en cuanto a la no confusión del sexo con la genitalidad y mucho menos con las diferencias de género. Lo que cosquillea los espíritus con el sabor de la novedad que redobla en los tambores planetarios de los medios de difusión de masas suele ser lo tradicional reciclado. Mientras que lo nuevo nunca envejece. Lo nuevo sigue siéndolo; se renueva cada día, al plantear sin cesar la falsedad de las presuntas “revoluciones” (como la sexual) que, conforme a su etimología, no hacen sino re-volver las cosas al estado anterior.

La “nerviosidad moderna” ha cambiado de rostro y todos se complacen en destacar con un goce recóndito los “avances” de la depresión y el suicidio, de las patologías alimenticias con la bulimia y la anorexia a la cabeza y en la cabeza, de las toxicomanías tradicionales y de las adicciones novedosas a los juegos, a la sexualidad o a los deportes de alto riesgo, de la indiferencia masiva de los adolescentes, de la anesthesiada crueldad de los niños, del desamparo anímico y material de la tercera edad, de la precariedad de los vínculos en las parejas y del desinterés por la vida comunitaria en general y política en particular. Estos temas estaban casi totalmente ausentes en la obra de Freud y se presentan como efectos de los cambios en la vida social producidos en las últimas décadas. La cuestión, para los diez autores de estos ensayos, es la de saber si esa nueva “nerviosidad moderna” es también un efecto de las nuevas formas de la moral sexual y de qué manera pueden vincularse los dos aspectos tan diversos del inaudito y serendípico título de Freud.

Como no podía ser de otra manera, los nueve artículos tienen su majestuosa cabeza, la imprescindible, el artículo señero de 1908. En un acto de inconcebible egoísmo cultural, la editorial Amorrortu de Buenos Aires ha negado la autorización para reproducir el texto de su traducción en las *Obras completas* impresa por esa casa de publicaciones. El coordinador de la edición en español debió por eso recurrir al texto freudiano en la bella traducción de Luis López Ballesteros y de Torres editada por Santiago Rueda en Buenos Aires, la primera verdadera traducción completa de las obras de Freud a un idioma extranjero que contó con el auxilio inestimable de Ludovico Rosenthal. La traducción del artículo de Sigmund Freud que aquí se incluye ha sido ligeramente retocada para hacer lugar a una necesaria actualización: el término alemán *Trieb* y sus derivados ha sido vertido, de acuerdo con el uso contemporáneo en todas las lenguas, como *pulsión* (francés: *pulsion*, inglés *drive*) y sus derivados (*pulsional*, etc.).

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

BETTY B. FUKS

LA MORAL SEXUAL “CULTURAL” Y LA NERVIOSIDAD MODERNA¹

SIGMUND FREUD

En su *Ética sexual*, recientemente publicada, establece Ehrenfels una distinción entre moral sexual “natural” y moral sexual “cultural”. Por moral sexual natural, entiende aquella bajo cuyo régimen puede una raza conservarse duraderamente en plena salud y capacidad vital. Moral sexual cultural sería, en cambio, aquella cuyos dictados impulsan al hombre a una obra de cultura más productiva e intensa. Esta antítesis se nos hará más transparente si ponemos entre sí el acervo *constitutivo* de un pueblo y su acervo *cultural*. Remitiendo a la citada obra de Ehrenfels, a aquellos lectores que quieran seguir hasta su fin este importante proceso mental, me limitaré aquí a desarrollarlo lo estrictamente necesario para enlazar a él algunas aportaciones personales.

No es arriesgado suponer que bajo el imperio de una moral sexual cultural pueden quedar expuestas a ciertos daños la salud y la energía vital individuales, y que este daño infligido a los individuos por los sacrificios que les son impuestos, alcanza, por último, tan alto grado, que llega a constituir también un peligro para el fin social. Ehrenfels señala, realmente, toda una serie de daños, de los que se ha de hacer responsable a la moral sexual dominante en nuestra sociedad occidental contemporánea, y aunque la reconoce muy apropiada para el progreso de la cultura, concluye postulando la necesidad de reformarla. Las características de la moral sexual cultural bajo cuyo régimen vivimos, serían —según nuestro autor— la transferencia de las reglas de la vida sexual femenina, a la masculina, y la prohibición de todo comercio sexual fuera de la monogamia conyugal. Pero las diferencias naturales de los sexos habrían impuesto una mayor tolerancia para las transgresiones sexuales del hombre, creándose, así, a favor de éste, una segunda moral. Ahora bien, una sociedad que

¹ Sigmund Freud (1908), traducción de José Luis Ballesteros y de Torres, *Obras completas*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1952.

tolera esta *doble* moral, no puede superar una cierta medida, har- to limitada, de “amor a la verdad, honradez y humanidad” y ha de impulsar a sus miembros a ocultar la verdad, a pintar las cosas con falsos colores, a engañarse a sí mismos y a engañar a los demás. Otro daño, aún más grave, imputable a la moral sexual cultural, sería el de paralizar —con la exaltación de la monogamia— la *selección viril*, único influjo susceptible de procurar una mejora de la constitución, ya que los pueblos civilizados han reducido a un *mínimum*, por hu- manidad y por higiene, la *selección vital*.²

Entre estos perjuicios imputados a la moral sexual cultural, ha de echar de menos el médico, uno, cuya importancia analizaremos aquí detenidamente. Me refiero a la difusión, a ella imputable, de la ner- viosidad, en nuestra sociedad moderna. En ocasiones, es el mismo en- fermo nervioso quien llama la atención del médico sobre la antítesis, observable en la causación de la enfermedad, entre la constitución y las exigencias culturales, diciéndole: “En nuestra familia todos hemos enfermado de los nervios por haber querido llegar a ser algo más de lo que nuestro origen nos permitía.” No es tampoco raro que el médico se vea movido a reflexionar, por la observación de que precisamente sucumben a la nerviosidad los descendientes de aquellos hombres de origen campesino, sencillo y sano, procedentes de familias rudas pero fuertes, que emigraron a la ciudad y conquistaron en ella posición y fortuna, haciendo que sus hijos se elevasen en un corto espacio de tiempo, a un alto nivel cultural. Pero además, los mismos neurólogos proclaman ya la relación del “incremento de la nerviosidad” con la moderna vida cultural. Algunas manifestaciones de los observadores más autorizados en este sector, nos indicarán dónde se cree ver el fundamento de una tal dependencia.

W. Erb:³ “La cuestión planteada es la de si las causas de la nerviosi- dad antes expuestas se hallan realmente dadas en la vida moderna en tan elevada medida, que expliquen el extraordinario incremento de tal enfermedad, y a esta interrogación hemos de contestar, en el acto, afirmativamente, pues nos basta, para ello, echar una rápida ojeada sobre nuestra vida moderna y su particular estructura.

”La simple enunciación de una serie de hechos generales basta ya para demostrar nuestro postulado: las extraordinarias conquistas

² *Ibid.*, pp. 32 ss.

³ “Über die wachsende Nervosität unserer Zeit”, 1893.

de la edad moderna, los descubrimientos e invenciones en todos los sectores y la conservación del terreno conquistado contra la competencia cada vez mayor, no se han alcanzado sino mediante una enorme labor intelectual y sólo mediante ella pueden ser mantenidos. Las exigencias planteadas a nuestra capacidad funcional en la lucha por la existencia, son cada vez más altas, y sólo podemos satisfacerlas poniendo en el empeño la totalidad de nuestras energías anímicas. Al mismo tiempo, las necesidades individuales y el ansia de goces, han crecido en todos los sectores; un lujo insólito se ha extendido hasta penetrar en capas sociales a las que jamás había llegado antes; la irreligiosidad, el descontento y la ambición, han aumentado en amplios sectores del pueblo; el extraordinario incremento del comercio y las redes de telégrafos y teléfonos que envuelven el mundo, han modificado totalmente el ritmo de la vida: todo es prisa y agitación; la noche se aprovecha para viajar, el día para los negocios, y hasta los "viajes de recreo" exigen un esfuerzo al sistema nervioso. Las grandes crisis políticas, industriales o financieras, llevan su agitación a círculos sociales mucho más extensos. La participación en la vida política se ha hecho general. Las luchas sociales, políticas y religiosas, la actividad de los partidos, la agitación electoral y la vida corporativa, intensificada hasta lo infinito, acaloran los cerebros e imponen a los espíritus un nuevo esfuerzo cada día, robando el tiempo al descanso, al sueño y a la recuperación de energías. La vida de las grandes ciudades es cada vez más refinada e intranquila. Los nervios, agotados, buscan fuerzas en excitantes cada vez más fuertes, en placeres intensamente especiados, fatigándose aún más en ellos. La literatura moderna se ocupa preferentemente de problemas sospechosos, que hacen fermentar todas las pasiones y fomentan la sensualidad, el ansia de placer y el desprecio de todos los principios éticos y todos los ideales, presentando a los lectores figuras patológicas y cuestiones psicopático-sexuales y revolucionarias. Nuestro oído es sobreexcitado por una música ruidosa y violenta; los teatros captan todos los sentidos con sus representaciones excitantes, e incluso las artes plásticas se orientan con preferencia hacia lo feo, repugnante o excitante, sin espantarse de presentar a nuestros ojos, con un repugnante realismo, lo más horrible que la realidad puede ofrecernos.

"Este cuadro general, que nos señala ya en nuestra cultura moderna toda una serie de peligros, puede ser aún completado con la adición de algunos detalles."

Binswanger:⁴ “Se indica especialmente la neurastenia como una enfermedad por completo moderna, y Beard, a quien debemos su primera descripción detallada, creía haber descubierto una nueva enfermedad nerviosa nacida en suelo americano. Esta hipótesis era, naturalmente, errónea; pero el hecho de haber sido un médico americano quien primeramente pudiese aprehender y retener, como secuela de una amplia experiencia clínica, los singulares rasgos de esta enfermedad, demuestra la íntima conexión de la misma con la vida moderna, con la fiebre de dinero y con los enormes progresos técnicos que han echado por tierra todos los obstáculos de tiempo y espacio opuestos antes a la vida de relación.”

Krafft-Ebing:⁵ “En nuestras modernas sociedades civilizadas, es infinito el número de hombres cuya vida integra una plenitud de factores antihigiénicos más que suficiente para explicar el incremento de la nerviosidad, pues tales factores actúan primera y principalmente sobre el cerebro. Las circunstancias sociales y políticas, y más aún las mercantiles, industriales y agrarias, de las naciones civilizadas, han sufrido, en el curso del último decenio, modificaciones que han transformado por completo la propiedad y las actividades profesionales y ciudadanas, todo ello a costa del sistema nervioso, que se ve obligado a responder al incremento de las exigencias sociales y económicas, con un gasto mayor de energía, para cuya reposición no se le concede, además, descanso suficiente.”

De estas teorías, así como de otras muchas de análogo contenido, no podemos decir que sean totalmente inexactas, pero sí que resultan insuficientes para explicar las peculiaridades de las perturbaciones nerviosas y, sobre todo, que desatienden precisamente el factor etiológico más importante. Prescindiendo, en efecto, de los estados indeterminados de “nerviosidad” y ateniéndonos tan sólo a las formas neuropatológicas propiamente dichas, vemos reducirse la influencia perjudicial de la cultura, a una coerción nociva de la vida sexual de los pueblos civilizados (o de los estratos sociales cultos), por la moral sexual cultural en ellos imperante.

En una serie de escritos profesionales, he tratado ya de aportar la prueba de esta afirmación. No he de repetirla aquí, pero sí extractaré los argumentos principales, deducidos de mis investigaciones.

⁴ “Die Pathologie und Therapie der Neurasthenie”, 1896.

⁵ “Nervosität und neurasthenische Zustände”, 1895.

Una continua y penetrante observación clínica nos autoriza a distinguir en los estados neuropatológicos, dos grandes grupos: las *neurosis* propiamente dichas y las *psiconeurosis*. En las primeras, los síntomas, somáticos o psíquicos, parecen ser de naturaleza *tóxica*, comportándose idénticamente a los fenómenos consecutivos a una incorporación exagerada o a una privación repentina de ciertos tóxicos del sistema nervioso. Estas neurosis —sintetizadas generalmente bajo el concepto de neurastenia— pueden ser originadas, sin que sea indispensable la colaboración de una tara hereditaria, por ciertas anormalidades nocivas de la vida sexual, correspondiendo precisamente la forma de la enfermedad a la naturaleza especial de dichas anormalidades, y ello de tal manera, que del cuadro clínico puede deducirse directamente, muchas veces, la especial etiología sexual. Ahora bien, entre la forma de la enfermedad nerviosa y las restantes influencias nocivas de la cultura, señaladas por los distintos autores, no aparece jamás una tal correspondencia regular. Habremos, pues, de considerar el factor sexual como el más esencial en la causación de las neurosis propiamente dichas.

En las *psiconeurosis*, es más importante la influencia hereditaria y menos transparente la causación. Un método singular de investigación, conocido con el nombre de psicoanálisis, ha permitido descubrir que los síntomas de estos padecimientos (histeria, neurosis obsesiva, etc.) son de carácter *psicógeno* y dependen de la acción de complejos inconscientes (reprimidos) de representaciones. Este mismo método nos ha llevado también al conocimiento de tales complejos, revelándonos que integran, en general, un contenido sexual, pues nacen de las necesidades sexuales de individuos insatisfechos y representan, para ellos, una especie de satisfacción sustitutiva. De este modo, habremos de ver en todos aquellos factores que dañan la vida sexual, cohíben su actividad o desplazan sus fines, factores patógenos también de las *psiconeurosis*.

El valor de la diferenciación teórica entre neurosis tóxicas y neurosis psicógenas no queda disminuido por el hecho de que en la mayoría de las personas nerviosas puedan observarse perturbaciones de ambos orígenes.

Aquellos que se hallan dispuestos a buscar conmigo la etiología de la nerviosidad en ciertas anormalidades nocivas de la vida sexual, leerán con interés los desarrollos que siguen, destinados a insertar el tema del incremento de la nerviosidad en un más amplio contexto.

Nuestra cultura descansa totalmente en la coerción de las pulsiones. Todos y cada uno hemos renunciado a una parte de nuestro poderío, a una parte de las tendencias agresivas y vindicativas de nuestra personalidad, y de estas aportaciones, ha nacido la común propiedad cultural de bienes materiales e ideales. La vida misma, y quizá muy principalmente los sentimientos familiares, derivados del erotismo, han sido los factores que han movido al hombre a tal renuncia, la cual ha ido haciéndose cada vez más amplia en el curso del desarrollo de la cultura. Por su parte, la religión se ha apresurado a sancionar inmediatamente tales limitaciones progresivas, ofrendando a la divinidad, como un sacrificio, cada nueva renuncia a la satisfacción de las pulsiones y declarando “sagrado” el nuevo provecho así aportado a la colectividad. Aquellos individuos a quienes una constitución indomable impide incorporarse a esta represión general de las pulsiones, son considerados, por la sociedad, como “delincuentes” y declarados fuera de la ley, a menos que su posición social o sus cualidades sobresalientes les permitan imponerse como “grandes hombres” o como “héroes”.

La pulsión sexual —o mejor dicho, las pulsiones sexuales, pues la investigación analítica enseña que la pulsión sexual es un compuesto de muchas pulsiones parciales— se halla probablemente más desarrollada en el hombre que en los demás animales superiores y es, desde luego, en él, mucho más constante, puesto que ha superado casi por completo la periodicidad a la cual aparece sujeto en los animales. Pone a la disposición de la labor cultural, grandes magnitudes de energía, pues posee en alto grado, la peculiaridad de poder desplazar su fin sin perder grandemente en intensidad. Esta posibilidad de cambiar el fin sexual primitivo por otro, ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero, es lo que designamos con el nombre de capacidad de *sublimación*. Contrastando con una tal facultad de desplazamiento, que constituye su valor cultural, es también susceptible, la pulsión sexual, de tenaces fijaciones, que lo inutilizan para todo fin cultural y lo degeneran conduciéndole a las llamadas anormalidades sexuales. La energía original de la pulsión sexual varía, probablemente, con el sujeto, e igualmente, desde luego, su parte susceptible de sublimación. A nuestro juicio, la organización congénita es la que primeramente decide qué parte de la pulsión podrá ser susceptible de sublimación en cada individuo; pero además las influencias de la vida y la acción del intelecto sobre el aparato anímico, consiguen sublimar otra nueva

parte. Claro está que este proceso de desplazamiento no puede ser continuado hasta lo infinito, como tampoco puede serlo la transformación del calor en trabajo mecánico, en nuestras maquinarias. Para la inmensa mayoría de las organizaciones, parece imprescindible una cierta medida de satisfacción sexual directa, y la privación de esta medida, individualmente variable, se paga con fenómenos, que por su daño funcional y su carácter subjetivo displaciente, hemos de considerar como patológicos.

Aún se nos abren nuevas perspectivas al atender al hecho de que la pulsión sexual del hombre no tiene originariamente como fin, la reproducción, sino determinadas formas de la consecución de placer.⁶ Así se manifiesta efectivamente en la niñez individual, en la que alcanza tal consecución de placer, no sólo en los órganos genitales, sino también en otros lugares del cuerpo (zonas erógenas) y puede, por lo tanto, prescindir de todo otro objeto erótico menos cómodo. Damos a esta fase el nombre de estadio del *autoerotismo* y adscribimos a la educación la labor de limitarlo, pues la permanencia en él, de la pulsión sexual, le haría incoercible e inaprovechable ulteriormente. El desarrollo de la pulsión sexual pasa luego, del autoerotismo, al amor a un objeto, y de la autonomía de las zonas erógenas, a la subordinación de las mismas a la primacía de los genitales, puestos al servicio de la reproducción. En el curso de esta evolución, una parte de la excitación sexual emanada del propio cuerpo es inhibida como inaprovechable para la reproducción, y en el caso más favorable, conducida a la sublimación. Resulta así, que mucha parte de las energías utilizables para la labor cultural tiene su origen en la represión de los elementos perversos de la excitación sexual.

Ateniéndonos a estas fases evolutivas de la pulsión sexual podremos distinguir tres grados de cultura: uno, en el cual la actividad de la pulsión sexual va libremente más allá de la reproducción; otro, en el que la pulsión sexual queda coartada en su totalidad, salvo en la parte puesta al servicio de la reproducción, y un tercero, en fin, en el cual sólo la reproducción legítima es considerada y permitida como fin sexual. A este tercer estadio corresponde nuestra presente moral sexual "cultural".

Tomando como nivel el segundo de estos estadios, comprobamos

⁶ Cf. *Tres ensayos de teoría sexual, Obras completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

ya la existencia de muchas personas a quienes su organización no permite plegarse a las normas en él imperantes. Hallamos, en efecto, series enteras de individuos, en los cuales, la citada evolución de la pulsión sexual desde el autoerotismo al amor a un objeto, con la reunión de los genitales como fin, no ha tenido efecto de un modo correcto y completo, y de estas perturbaciones del desarrollo, resultan dos distintas derivaciones nocivas de la sexualidad normal, esto es, propulsora de la cultura, desviaciones que se comportan entre sí como un positivo y un negativo. Trátase aquí —exceptuando a aquellas personas que presentan una pulsión sexual exageradamente intensa e indomable— de las diversas especies de *perversos*, en los que una fijación infantil a un fin sexual provisional, ha detenido la primacía de la función reproductora, y en segundo lugar, de los *homosexuales* o *invertidos*, en los cuales y de un modo aún no explicado por completo, la pulsión sexual ha quedado desviada del sexo contrario. Si el daño de estas dos clases de perturbaciones del desarrollo es, en realidad, menor de lo que podría esperarse, ello se debe sin duda a la compleja composición de la pulsión sexual, que permite una estructuración final aprovechable de la vida sexual, aun cuando uno o varios componentes de la pulsión hayan quedado excluidos del desarrollo. Así, la constitución de los invertidos u homosexuales se caracteriza frecuentemente por una especial aptitud de la pulsión sexual para la sublimación cultural.

De todos modos, un desarrollo intenso o hasta exclusivo de las perversiones o de la homosexualidad hace desgraciado al sujeto correspondiente y le inutiliza socialmente, resultando así que ya las exigencias culturales del segundo grado han de ser reconocidas como una fuente de dolor para un cierto sector de la humanidad. Los destinos de estas personas cuya constitución difiere de la de sus congéneres, son muy diversos, según la mayor o menor energía de su pulsión sexual. Dada una pulsión sexual débil, pueden los perversos alcanzar una coerción total de aquellas tendencias que les sitúan en conflicto con las exigencias morales de su grado de cultura. Pero éste es también su único rendimiento, pues agotan en tal inhibición de sus pulsiones sexuales todas las energías que de otro modo aplicarían a la labor cultural. Quedan reducidos a su propia lucha interior y paralizados para toda acción exterior. Se da en ellos el mismo caso que más adelante volveremos a hallar al ocuparnos de la abstinencia exigida en el tercer grado cultural.

Dada una pulsión sexual muy intensa, pero perversa, pueden esperarse dos desenlaces. El primero, que bastará con enunciar, es que el sujeto permanezca perverso y condenado a soportar las consecuencias de su divergencia de nivel cultural. El segundo es mucho más interesante y consiste en que, bajo la influencia de la educación y de las exigencias sociales, se alcanza, sí, una cierta inhibición de las pulsiones perversas, pero una inhibición que en realidad no logra por completo su fin, pudiendo calificarse de inhibición frustrada. Las pulsiones sexuales coartadas no se exteriorizan ya, desde luego, como tales —y en esto consiste el éxito parcial del proceso inhibitorio— pero sí en otra forma igualmente nociva para el individuo y que le inutiliza, para toda labor social, tan en absoluto como le hubiera inutilizado la satisfacción inmodificada de las pulsiones inhibidas. En esto último consiste el fracaso parcial de procesos, fracaso que a la larga, anula el éxito. Los fenómenos sustitutivos provocados en este caso, por la inhibición de las pulsiones, constituyen aquello que designamos con el nombre de nerviosidad y más especialmente, con el de psiconeurosis. Los neuróticos son aquellos hombres que poseyendo una organización desfavorable, llevan a cabo, bajo el influjo de las exigencias culturales, una inhibición aparente y en el fondo fracasada, de sus pulsiones y que, por ello, sólo con un enorme gasto de energías y sufriendo un continuo empobrecimiento interior, pueden sostener su colaboración en la obra cultural o tienen que abandonarla temporalmente, por enfermedad. Calificamos a las neurosis, de "negativo" de las perversiones, porque contienen, en estado de "represión" las mismas tendencias, las cuales, después del proceso represor, continúan actuando desde lo inconsciente.

La experiencia enseña, que para la mayoría de los hombres, existe una frontera, más allá de la cual no pueden seguir su constitución las exigencias culturales. Todos aquellos que quieren ser más nobles de lo que su constitución les permite, sucumben a la neurosis. Se encontrarían mejor si les hubiera sido posible ser peores. La afirmación de que la perversión y la neurosis se comportan como un positivo y un negativo, encuentra, con frecuencia, una prueba inequívoca en la observación de sujetos pertenecientes a una misma generación. No es raro encontrar una pareja de hermanos en la que el varón es un perverso sexual y la hembra, dotada, como tal, de una pulsión sexual más débil, una neurótica, pero con la particularidad de que sus síntomas expresan las mismas tendencias que las perversiones del hermano,

más activamente sexual. Correlativamente, en muchas familias, son los hombres sanos, pero inmorales hasta un punto indeseable, y las mujeres, nobles y refinadas, pero gravemente nerviosas.

Una de las más evidentes injusticias sociales es la de que el estándar cultural exija de todas las personas la misma conducta sexual, que, fácil de observar para aquellos cuya constitución se lo permite, impone a otros los más graves sacrificios psíquicos. Aunque claro está que esta injusticia queda eludida en la mayor parte de los casos, por la transgresión de los preceptos morales.

Hasta aquí, hemos desarrollado nuestras observaciones refiriéndonos a las exigencias planteadas al individuo en el segundo de los grados de cultura por nosotros supuestos, en el cual sólo quedan prohibidas las actividades sexuales llamadas perversas, concediéndose, en cambio, amplia libertad, al comercio sexual considerado como normal. Hemos comprobado, que ya con esta distribución de las libertades y las restricciones sexuales, queda situado al margen, como perverso, todo un grupo de individuos, y sacrificado a la nerviosidad otro, formado por aquellos sujetos que se esfuerzan en no ser perversos, debiéndolo ser por su constitución. No es difícil prever el resultado que habrá de obtenerse al restringir aún más la libertad sexual, prohibiendo toda actividad de este orden fuera del matrimonio legítimo, como sucede en el tercero de los grados de cultura antes supuestos. El número de individuos fuertes que habrán de situarse en franca rebeldía contra las exigencias culturales, aumentará de un modo extraordinario, e igualmente, el de los débiles que en su conflicto entre la presión de las influencias culturales y la resistencia de la constitución, se refugiarán en la enfermedad neurótica.

Surgen aquí tres interrogaciones: 1]Cuál es la labor que las exigencias del tercer grado de cultura plantean al individuo; 2] Si la satisfacción sexual legítima permitida consigue ofrecer una compensación aceptable de la renuncia exigida, y 3]Cuál es la proporción entre los daños eventuales de tal renuncia y sus provechos culturales.

La respuesta a la primera cuestión roza un problema varias veces tratado ya y cuya discusión no es posible agotar aquí: el problema de la abstinencia sexual. Lo que nuestro tercer grado de cultura exige al individuo es, en ambos sexos, la abstinencia hasta el matrimonio o hasta el fin de la vida para aquellos que no lo contraigan. La afirmación, grata a todas las autoridades, de que la abstinencia sexual no trae consigo daño alguno, ni es siquiera difícil de observar, ha sido

sostenida también por muchos médicos. Pero no es arriesgado asegurar que la tarea de dominar, por medios distintos de la satisfacción, un impulso tan poderoso como el de la pulsión sexual, es tan ardua, que puede acaparar todas las energías del individuo. El dominio por medio de la, sublimación, esto es, por la desviación de las fuerzas instintivas sexuales hacia fines culturales elevados, no es asequible sino a una limitada minoría, y aun a ésta, sólo temporalmente, y con máxima dificultad durante la fogosa época juvenil. La inmensa mayoría sucumbe a la neurosis o sufre otros distintos daños. La experiencia demuestra que la mayor parte de las personas que componen nuestra sociedad no poseen el temple constitucional necesario para la labor que plantea la observación de la abstinencia. Aquellos que hubieran enfermado dada una menor restricción sexual, enferman antes y más intensamente bajo las exigencias de nuestra moral sexual cultural contemporánea, pues contra la amenaza de la tendencia sexual normal por disposición defectuosa o trastornos del desarrollo, no conocemos garantía más segura que la misma satisfacción sexual. Cuanto mayor es la disposición de una persona a la neurosis, peor soporta la abstinencia, toda vez que las pulsiones parciales que se sustraen al desarrollo normal antes descrito, se hacen, al mismo tiempo, tanto más incoercibles. Pero también aquellos sujetos que bajo las exigencias del segundo grado de cultura hubieran permanecido sanos, sucumben aquí a la neurosis en gran número, pues la prohibición eleva considerablemente el valor psíquico de la satisfacción sexual. La libido estancada se hace apta para percibir alguno de los puntos débiles que jamás faltan en la estructura de una *vita sexualis* y se abre paso, por él, hasta la satisfacción sustitutiva neurótica, en forma de síntomas patológicos. Aprendiendo a penetrar en la condicionalidad de las enfermedades nerviosas, se adquiere pronto la convicción de que su incremento en nuestra sociedad moderna, procede del aumento de las restricciones sexuales.

Tócanos examinar, ahora, la cuestión de si el comercio sexual dentro del matrimonio legítimo puede ofrecer una compensación total de la restricción sexual anterior al mismo. El material en que fundamentar una respuesta negativa se nos ofrece tan abundante, que sólo muy sintéticamente podremos exponerlo. Recordaremos ante todo, que nuestra moral sexual cultural restringe también el comercio sexual aun dentro del matrimonio mismo, obligando a los cónyuges a satisfacerse con un número por lo general muy limitado de concep-

ciones. Por esta circunstancia, no existe tampoco, en el matrimonio, un comercio sexual satisfactorio más que durante algunos años, de los cuales hay que deducir, además, aquellos periodos en los que la mujer debe ser respetada por razones higiénicas. Al cabo de estos tres, cuatro o cinco años, el matrimonio falla por completo en cuanto ha prometido la satisfacción de las necesidades sexuales, pues todos los medios inventados hasta el día para evitar la concepción disminuyen el placer sexual, repugnan a la sensibilidad de los cónyuges o son directamente perjudiciales para la salud. El temor a las consecuencias del comercio sexual hace desaparecer primero la ternura física de los esposos y más tarde, casi siempre, también la mutua inclinación psíquica destinada a recoger la herencia de la intensa pasión inicial. Bajo la desilusión anímica y la privación corporal que es así el destino de la mayor parte de los matrimonios, se encuentran de nuevo transferidos los cónyuges al estado anterior a su enlace, pero con una ilusión menos y sujetos de nuevo a la tarea de dominar y desviar su pulsión sexual.

No hemos de entrar a investigar en qué medida lo logra el hombre llegado a plena madurez; la experiencia nos muestra que hace uso frecuente de la parte de libertad sexual que aun el más riguroso orden sexual le concede, si bien en secreto y a disgusto. La “doble” moral sexual existente para el hombre en nuestra sociedad es la mejor confesión de que la sociedad misma que ha promulgado los preceptos respectivos no cree posible su observancia.

Por su parte, las mujeres, que en calidad de sustratos propiamente dichos de los intereses sexuales de los hombres, no poseen sino en muy escasa medida, el don de la sublimación y para las cuales sólo durante la lactancia pueden constituir los hijos una sustitución suficiente del objeto sexual; las mujeres, repetimos, llegan a contraer, bajo el influjo de las desilusiones aportadas por la vida conyugal, graves neurosis, que perturban duramente su existencia. Bajo las actuales normas culturales, el matrimonio ha cesado de ser, hace mucho tiempo, el remedio general de todas las afecciones nerviosas de la mujer. Los médicos sabemos ya, por el contrario, que para “soportar” el matrimonio han de poseer las mujeres una gran salud, y tratamos de disuadir a nuestros clientes, de contraerlo con jóvenes que ya de solteras han dado muestras de nerviosidad. Inversamente, el remedio de la nerviosidad originada por el matrimonio sería la infidelidad conyugal. Pero cuanto más severamente educada ha sido una mujer y más seriamente se ha sometido a las exigencias de la cultura, tanto más temor le inspira

este recurso, y en su conflicto entre sus deseos y sus deberes, busca un refugio en la neurosis. Nada protege tan seguramente su virtud como la enfermedad. El matrimonio, ofrecido como perspectiva consoladora a la pulsión sexual del hombre culto durante toda la juventud, no llega, pues, a constituir siquiera una solución durante su tiempo. No digamos ya a compensar la renuncia anterior.

Aun reconociendo estos perjuicios de la moral sexual cultural, se puede todavía responder a nuestra tercera interrogación, alegando que las conquistas culturales consiguientes a una tan severa restricción sexual, compensan e incluso superan tales perjuicios individuales, que en definitiva, sólo llegan a alcanzar cierta gravedad en una limitada minoría. Por mi parte, me declaro incapaz de establecer aquí un balance de pérdidas y ganancias. Sólo podría aportar aún numerosos datos para la valoración de las pérdidas. Volviendo al tema, antes iniciado, de la abstinencia, he de afirmar, que la misma trae aún consigo otros perjuicios diferentes de las neurosis, las cuales integran, además, mucha mayor importancia de la que en general se les concede.

La demora del desarrollo y de la actividad sexuales a la que aspiran nuestra educación y nuestra cultura, no trae consigo, en un principio, peligro alguno e incluso constituye una necesidad si tenemos en cuenta cuán tarde comienzan los jóvenes de nuestras clases ilustradas a valérselas por sí mismos y a ganar su vida, circunstancia en que se nos muestra, además, la íntima relación de todas nuestras instituciones culturales y la dificultad de modificar alguno de sus elementos sin atender a los restantes. Pero pasados los veinte años, la abstinencia no está ya exenta de peligros para el hombre y cuando no conduce a la nerviosidad, trae consigo otros distintos daños. Suele decirse, que la lucha con la poderosa pulsión sexual y la necesaria acentuación en ella, de todos los poderes éticos y estéticos de la vida anímica, "aceran" el carácter. Esto es exacto para algunas naturalezas favorablemente organizadas. Asimismo, ha de concederse que la diferenciación de los caracteres individuales, tan acentuada hoy en día, ha sido hecha posible por la restricción sexual. Pero en la inmensa mayoría de los casos, la lucha contra la sensualidad agota las energías disponibles del carácter, y ello en una época en la que el joven precisa de todas sus fuerzas, para conquistar su participación y su puesto en la sociedad. La relación entre la sublimación posible y la actividad sexual necesaria oscila, naturalmente, mucho, según el individuo e incluso según la profesión. Un artista abstigente es algo apenas posible. Por el contrario, no son nada raros

los casos de abstinencia entre los jóvenes consagrados a una disciplina científica. Estos últimos pueden extraer de la abstinencia nuevas energías para el estudio. En cambio, el artista hallará en la actividad sexual, un excitante de la función creadora. En general, tengo la impresión de que la abstinencia no contribuye a formar hombres de acción, enérgicos e independientes, ni pensadores originales, o valerosos reformadores, sino más bien honradas medianías que se sumergen luego en la gran masa, acostumbrada a seguir, con cierta resistencia, los impulsos iniciados por individuos enérgicos.

En los resultados de la lucha por la abstinencia se revela también la conducta voluntariosa y rebelde de la pulsión sexual. La educación cultural no tendería quizá sino a su coerción temporal, hasta el matrimonio, con la intención de dejarlo luego libre, para servirse de él. Pero contra la pulsión tienen más éxito las medidas extremas que las contemporizaciones. La coerción va con frecuencia demasiado lejos, dando lugar a que al llegar el momento de conceder libertad a la pulsión sexual, presente ésta ya daños duraderos, resultado al que no se tendía ciertamente. De aquí que la completa abstinencia durante la juventud no sea, para el hombre, la mejor preparación al matrimonio. Así lo sospechan las mujeres y prefieren entre sus pretendientes aquellos que han demostrado ya, con otras mujeres, su masculinidad. Los perjuicios de la severa abstinencia exigida a las mujeres antes del matrimonio son especialmente evidentes. La educación no debe de considerar nada fácil la labor de coartar la sensualidad de la joven hasta su matrimonio, pues recurre, para ello, a los medios más poderosos. No sólo prohíbe el comercio sexual y ofrece elevadas primas a la conservación de la inocencia, sino que trata de evitar a las adolescentes toda tentación, manteniéndolas en la ignorancia del papel que les está reservado y no tolerándoles impulso amoroso alguno que no pueda conducir al matrimonio. El resultado es que las muchachas, cuando de pronto se ven autorizadas a enamorarse por las autoridades familiares, no llegan a poder realizar la función psíquica correspondiente y van al matrimonio sin la seguridad de sus propios sentimientos. A consecuencia de la demora artificial de la función erótica, sólo desilusiones procuran al hombre que ha ahorrado para ellas todos sus deseos. Sus sentimientos anímicos permanecen aún ligados a sus padres, cuya autoridad creó en ellas la coerción sexual, y su conducta corporal adolece de frigidez, con lo cual queda el hombre privado de todo placer sexual intenso. Ignoro si el tipo de mujer anestésica existe

fuera de nuestras civilizaciones, aunque lo creo muy probable, pero lo cierto es que nuestra educación cultural se esfuerza precisamente en cultivarlo, y estas mujeres, que conciben sin placer, no se muestran muy dispuestas a parir frecuentemente con dolor. Resulta, así, que la preparación al matrimonio no consigue sino hacer fracasar los fines del mismo. Más tarde, cuando la mujer vence ya la demora artificialmente impuesta a su desarrollo sexual, llega a la cima de su existencia femenina y siente despertar en ella la plena capacidad de amar, se encuentra con que las relaciones conyugales se han enfriado hace ya tiempo, y como premio a su docilidad anterior le queda la elección entre el deseo insatisfecho, la infidelidad o la neurosis.

La conducta sexual de una persona constituye el *prototipo* de todas sus demás reacciones. A aquellos hombres que conquistan enérgicamente su objeto sexual les suponemos análoga energía en la persecución de otros fines. En cambio, aquellos que por atender a toda clase de consideraciones, renuncian a la satisfacción de sus poderosas pulsiones sexuales, serán, en los demás casos, más conciliadores y resignados que activos. En las mujeres, puede comprobarse fácilmente un caso especial de este principio de la condición prototípica de la vida sexual con respecto al ejercicio de las demás funciones. La educación les prohíbe toda elaboración intelectual de los problemas sexuales, los cuales les inspiran siempre máxima curiosidad, y las atemoriza con la afirmación de que tal curiosidad es poco femenina y denota una disposición viciosa. Esta intimidación coarta su actividad intelectual y rebaja en su ánimo el valor de todo conocimiento, pues la prohibición de pensar se extiende más allá de la esfera sexual, en parte a consecuencia de relaciones inevitables y en parte automáticamente, proceso análogo al que provocan los dogmas en el pensamiento del hombre religioso o las ideas dinásticas en el de los monárquicos incondicionales. No creo que la antítesis biológica entre trabajo intelectual y actividad sexual explique la "debilidad mental fisiológica" de la mujer, como pretende Moebius en su discutida obra. En cambio, opino que la indudable inferioridad intelectual de tantas mujeres, ha de atribuirse a la coerción mental necesaria para la coerción sexual.

Al tratar de la abstinencia, no se suele distinguir suficientemente dos formas de la misma. La abstención de toda actividad sexual en general y la abstención del comercio sexual con el sexo contrario. Muchas personas que se vanaglorian de su abstinencia, no la mantienen, quizá, sino con el auxilio de la masturbación o de prácticas

análogas relacionadas con las actividades sexuales autoeróticas de la primera infancia. Pero precisamente a causa de esta relación no son tales medios sustitutivos de satisfacción sexual, nada inofensivos, pues crean una disposición a aquellas numerosas formas de neurosis y psicosis, que tienen por condición la regresión de la vida sexual a sus formas infantiles. Tampoco la masturbación corresponde a las exigencias ideales de la moral sexual cultural y provoca en el ánimo de los jóvenes, aquellos mismos conflictos con el ideal educativo a los que intentaban sustraerse por medio de la abstinencia. Además, pervierte el carácter en más de un sentido, haciéndole adquirir hábitos perjudiciales, pues en primer lugar, y conforme a la *condición prototípica* de la sexualidad, le acostumbra a alcanzar fines importantes sin esfuerzo alguno, por caminos fáciles y no mediante un intenso desarrollo de energía, y en segundo, eleva el objeto sexual, en las fantasías concomitantes a la satisfacción, a perfecciones difíciles de hallar luego en la realidad. De este modo, ha podido proclamar un ingenioso escritor (Karl Kraus) invirtiendo los términos, que “el coito no es sino un subrogado insuficiente del onanismo”.

La severidad de las normas culturales y la dificultad de observar la abstinencia han coadyuvado a concretar esta última en la abstención del coito con personas de sexo distinto y a favorecer otras prácticas sexuales, equivalentes, por decirlo así, a una semiobediencia. Dado que el comercio sexual normal es implacablemente perseguido por la moral —y también por la higiene, a causa de la posibilidad de contagio— han aumentado considerablemente en importancia social, aquellas prácticas sexuales entre individuos de sexo diferente a las que se da el nombre de perversas y en las cuales es usurpada por otras partes del cuerpo, la función de los genitales. Pero estas prácticas no pueden ser consideradas tan inocuas como otras análogas transgresiones cometidas en el comercio sexual; son condenables desde el punto de vista ético, puesto que convierten las relaciones eróticas entre dos seres, de algo muy fundamental, en un cómodo juego sin peligro ni participación anímica. Otra de las consecuencias de la restricción de la vida sexual normal, ha sido el incremento de la satisfacción homosexual. A todos aquellos que ya son homosexuales por su organización o han pasado a serlo en la niñez, viene a agregarse un gran número de individuos de edad adulta, cuya libido, viendo dificultado su curso principal, deriva por el canal secundario homosexual.

Todas estas secuelas inevitables e indeseadas de la abstinencia im-

puesta por nuestra civilización confluyen en una consecuencia común consistente en trastornar fundamentalmente la preparación al matrimonio, el cual había de ser, no obstante, según la intención de la moral sexual cultural, el único heredero de las tendencias sexuales. Todos aquellos hombres que a consecuencia de prácticas sexuales onanistas o perversas, han enlazado su libido a situaciones y condiciones distintas de las normales, desarrollan en el matrimonio una potencia disminuida. Igualmente, las mujeres que sólo mediante tales ayudas han conseguido conservar su virginidad, muestran en el matrimonio, una anestesia total para el comercio sexual normal. Estos matrimonios, en los que ambos cónyuges adolecen ya, desde un principio, de una disminución de sus facultades eróticas, sucumben mucho más rápidamente al proceso de disolución. A causa de la escasa potencia del hombre, la mujer queda insatisfecha y permanece anestésica aun en aquellos casos en que su disposición a la frigidez, obra de la educación, hubiera cedido a la acción de intensas experiencias sexuales. Para tales parejas resulta aún más difícil que para las sanas evitar la concepción, pues la potencia disminuida del hombre soporta mal el empleo de medidas preventivas. En esta perplejidad, el comercio conyugal queda pronto interrumpido, como fuente de preocupaciones y molestias, y abandonado, así, el fundamento de la vida matrimonial.

Todas las personas peritas en estas materias habrán de reconocer que no exagero lo más mínimo, sino que me limito a describir hechos comprobables en todo momento. Para los no iniciados ha de resultar increíble lo raro que es hallar en los matrimonios situados bajo el imperio de nuestra moral sexual cultural, una potencia normal del marido y lo frecuente, en cambio, de la frigidez de la mujer. No sospechan, ciertamente, cuántos renunciamientos trae consigo, a veces para ambas partes, el matrimonio, ni a lo que queda reducida la felicidad de la vida conyugal, tan apasionadamente deseada. Ya indicamos, que en tales circunstancias, el desenlace más próximo es la enfermedad nerviosa. Describiremos ahora en qué forma actúa un tal matrimonio sobre el hijo único o los pocos hijos de él nacidos. A primera vista, nos parece encontrarnos en estos casos, ante una transferencia hereditaria, que detenidamente examinada, resulta no ser sino el efecto de intensas impresiones infantiles. La mujer no satisfecha por su marido y a consecuencia de ello, neurótica, hace objeto a sus hijos, de una exagerada ternura, atormentada por constantes zozobras, pues concentra en ellos su necesidad de amor y despierta

en ellos una prematura madurez sexual. Por otro lado, el desacuerdo reinante entre los padres excita la vida sentimental del niño y le hace experimentar, ya en la más tierna edad, amor, odio y celos. Luego, la severa educación, que no tolera actividad alguna a esta vida sexual tan tempranamente despertada, interviene como poder represor y el conflicto surgido así en edad tan tierna del sujeto integra todos los factores precisos para la causación de una nerviosidad que ya no le abandonará en toda su vida.

Vuelvo ahora a mi afirmación anterior de que al juzgar las neurosis, no se les concede, por lo general, toda su verdadera importancia. Al hablar así, no me refiero a aquella equivocada apreciación de estos estados, que se manifiesta en un descuido absoluto por parte de los familiares del enfermo y en las seguridades eventualmente dadas por los médicos, de que unas cuantas semanas de tratamiento hidroterápico o algunos meses de reposo conseguirán dar al traste con la enfermedad. Esta actitud no es adoptada hoy en día, más que por gentes ignorantes, sean o no médicos, o tiende tan sólo a procurar al paciente un consuelo de corta duración. Por lo general, se sabe ya, que una neurosis crónica, si bien no destruye por completo las facultades del enfermo, representa para él una pesada carga, tan pesada, quizá, como una tuberculosis o una enfermedad del corazón. Aún podríamos darnos en cierto modo por conformes, si las neurosis se limitaran a excluir de la labor cultural, a un cierto número de individuos, de todos modos débiles, consintiendo participar en ella a los demás, al precio, sólo, de algunas molestias subjetivas. Pero lo que sucede, y a ello se refiere precisamente mi afirmación inicial, es que la neurosis, sea cualquiera el individuo a quien ataque, sabe hacer fracasar, en toda la amplitud de su radio de acción, la intención cultural, ejecutando, así, la labor de las fuerzas anímicas enemigas de la cultura y por ello reprimidas. De este modo, si la sociedad paga con un incremento de la nerviosidad, la docilidad a sus preceptos restrictivos, no podrá hablarse de una ventaja social obtenida mediante sacrificios individuales, sino de un sacrificio totalmente inútil. Examinemos, por ejemplo, el caso frecuentísimo de una mujer que no quiere a su marido porque las circunstancias que presidieron su enlace y la experiencia de su ulterior vida conyugal no le han aportado motivo alguno para quererlo, pero que desearía poder amarle por ser esto lo único que corresponde al ideal del matrimonio en el que fue educada. Sojuzgará, pues, todos los impulsos que tienden a expresar la verdad y contradicen su ideal, y

se esforzará en representar el papel de esposa amante, tierna y cuidadosa. Consecuencia de esta autoimposición será la enfermedad neurótica, la cual tomará en breve plazo, completa venganza del esposo insatisfactorio, haciéndole víctima de tantas molestias y preocupaciones como le hubiera causado la franca confesión de la verdad. Es éste uno de los ejemplos más típicos de los rendimientos de la neurosis. La represión de otros impulsos no directamente sexuales, enemigos de la cultura, va seguida de un análogo fracaso de la compensación. Así, un individuo que sojuzgando violentamente su inclinación a la dureza y a la crueldad, ha llegado a ser extremadamente bondadoso, pierde en tal proceso, muchas veces, tan gran parte de sus energías, que no llega a poner en obra todo lo correspondiente a sus impulsos compensadores y hace, en definitiva, menos bien del que hubiera hecho sin yugular sus tendencias constitucionales.

Agregaremos aún, que al limitar la actividad sexual de un pueblo se incrementa en general el temor a la vida y el miedo a la muerte, factores que perturban la capacidad individual de goce, suprimen la disposición individual a arrostrar la muerte por la consecución de un fin, disminuyen el deseo de engendrar descendencia y excluyen, en fin, al pueblo o al grupo de que se trate, de toda participación en el porvenir. Ante estos resultados, habremos de preguntarnos si nuestra moral sexual cultural vale la pena del sacrificio que nos impone, sobre todo si no nos hemos libertado aún suficientemente del hedonismo para no integrar entre los fines de nuestra evolución cultural una cierta dosis de felicidad individual. No es, ciertamente, labor del médico, la de proponer reformas sociales, pero he creído poder apoyar su urgente necesidad ampliando la exposición hecha por Ehrenfels, de los daños imputables a nuestra moral sexual cultural, con la indicación de su responsabilidad en el incremento de la nerviosidad moderna.

48 VARIACIONES SOBRE EL TEMA DE LA “MORAL SEXUAL”

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

El “tema” es el consabido artículo de Freud.¹ Reverbera en nuestros oídos.

1. No existe ninguna moral sexual “natural”: el sintagma de von Ehrenfels, que no de Freud² (p. 27), es un oxímoron. La naturaleza (lo real) es amoral. Por el contrario, la otra expresión, “moral sexual ‘cultural’”, también de von Ehrenfels, retomada y citada por Freud entre comillas, no es oxímoron. Es algo peor: es un pleonasma. La oposición “natural” / “cultural”, oxímoron de un lado y pleonasma del otro, tenía sentido en discusiones aún vigentes en 1908 pero superadas hoy en día. Los descubrimientos y las definiciones de Freud permitieron una impugnación decisiva de esa dicotomía elemental. Sobra decirlo y hay que repetirlo: el psicoanálisis no propugna cambios en la “moral”; no es una disciplina normativa. Y mucho menos se interesa en cambiar la “sexualidad”: el analista sabe bien que los goces del cuerpo configuran un campo privilegiado donde el sujeto debe decidir lo que quiere para sí en función de lo que llega a develar de su deseo inconsciente, de modo que no podría equivocarse o, por lo menos, no habría quién pudiera decirle que se equivocó, cualquiera que sea el resultado. A partir de su práctica, el psicoanálisis se interesa por tomar en cuenta las distintas modalidades de la existencia de los sujetos en el tiempo histórico y reflexionar sobre ellas en una perspectiva que no podría ser ajena al espíritu de la época. Su agenda no es política pero la política, arte del gobierno de los cuerpos en la vida social, bien puede servirse de cuanto el psicoanálisis aprende y permite saber en materia de subjetividad y de sexualidad.

¹ En este volumen, S. Freud, “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna”, pp. 11-29, traducción de José Luis Ballesteros y de Torres, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1952. Traducido también al español en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. IX, 1979, pp. 159-182. Trad. de J. L. Etcheverry.

² Las cifras entre paréntesis corresponden a las páginas de la edición de Santiago Rueda (SR).

2. La “moral” es sensible a los tiempos y se integra a los distintos regímenes de historicidad. Es una construcción discursiva con ínfulas prescriptivas. No es neutral: aspira a orientar la vida de los sujetos y acompaña como una sombra a toda organización de la cultura. El psicoanálisis se ocupa de otra cosa, de la *pulsión* (*Trieb*), ese insólito objeto que es su aportación conceptual específica. Por ser un discurso sobre las pulsiones y sus destinos está separado del resto de los saberes. No es el momento de repetir lo de todos conocido: *Trieb* no es *Instinkt*. La pulsión es ese ser mítico, magno en su indeterminación, que no depende de las realidades históricas. Es anhistórica y amoral. La cultura, ella sí, se interesa en calificar y pretende arbitrar sobre los destinos de las pulsiones imponiendo la “renuncia pulsional” (*Triebverzicht*). Se desemboca así en el “malestar en la cultura”. ¿En esta cultura? ¡En todas! ¿Siempre el mismo malestar —*Unbehagen in der Kultur*? No; de ahí el interés en constatar y reflexionar cómo los cambios de estos últimos cien años han influido en los destinos subjetivos de lo que a comienzos del siglo xx fue la “nerviosidad moderna” y que hoy llaman “nuevas realidades de la clínica” e incluso “nuevas enfermedades del alma”. El psicoanálisis se aplica a escuchar a un sujeto que lleva las marcas de la época, es decir, de los discursos a los cuales este sujeto, con su *ex-sistencia*, responde. O se calla y entra en la a-dicción.

3. Recurramos a la arqueología del saber: durante milenios el discurso jurídico estuvo centrado en torno a un supuesto “derecho natural” que emanaría de la omnisciente divinidad cuando no de una invariable “naturaleza humana”. Lo “natural” y su oposición a lo “cultural” o “nurtural” (*nurture*, derivado de *nutritura*, nutrir, conjunto de influencias exteriores que modifican las potencialidades genéticas) fue un tema de discusión hasta muy entrado el siglo xx. Los juristas y los historiadores del derecho llegaron a la conclusión de que sólo hay un derecho digno de ese nombre: el “derecho positivo”, escrito y no especulativo, sancionado por autoridades terrenales, que funda el estatuto jurídico de los seres de la especie, sus relaciones con otras especies y con el medio ambiente. Las leyes no proceden de una entidad trascendental: son una consecuencia de los discursos dominantes en un determinado momento en la evolución de una sociedad. No hay derecho “natural” y derecho “cultural”. El derecho es, siempre, una construcción, un efecto de la historia. Como su prima hermana, la moral. El derecho ordena, la moral aconseja. El derecho escribe, la moral habla; los dos prescriben y proscriben. La materia prima de ambos es el significante. Ni el uno ni

la otra renunciaron jamás a hacer de *la sexualidad* uno de sus campos privilegiados de intervención. Dentro de esos límites se desenvuelve el plausible proyecto de la “historia de la sexualidad”, ligada, puede que para siempre, al nombre de Michel Foucault.

4. La sexualidad, en los sentidos apuntados de la moral y el derecho, tiene historia; la pulsión no. La sexualidad es maleable: tal como la entienden esos dos parientes consanguíneos que son el discurso legal y el moral, no presenta una “esencia” o una “naturaleza” inmutable. En tanto que actividad de los cuerpos, la sexualidad está regulada por el lenguaje y sometida a sus determinaciones que tienen como fundamento la universal Ley de prohibición del incesto. Es un efecto de la separación necesaria, estructural, no contingente, de “la Cosa” prohibida, cuerpo de la madre si se quiere, que hace al goce inaccesible al ser que habla como tal. Las prácticas sexuales son, en todos los casos, productos “desnaturalizados”, “culturales”, históricos; son sensibles a los afanes de regularlas mediante decretos que intentan someterlas a obligaciones diceológicas o deontológicas. Son manipulables. Existe, sin embargo, algo que las excede: lo ingobernable, descubierta por los poetas y elevado por el psicoanálisis a la dignidad de la ciencia: *L'amour est enfant de Bohème, il n'a jamais, jamais, connu de loi*. Pero las leyes y las costumbres se interponen en el derrotero del amor y lo empujan por el camino de la transgresión. Para bien y para mal. El amor es, así, un agente civilizador que trabaja en los límites entre el pasado consagrado por la convención y el imprevisible futuro. Lleva a la cultura hasta sus límites... y la empuja más allá. Hacia el goce, más allá del principio del placer. Allí donde terminan los “estudios culturales” el psicoanálisis empieza.

5. La *biología*, por un lado, siguiendo su vocación de “ciencia dura”, la *sociología*, por el otro, admitiendo a regañadientes que es “ciencia blanda”, ignoran a la pulsión. Por eso, la *sexualidad*, en sus respectivos discursos —y también en el de Foucault— es algo distinto que el *sexo* tal como lo aborda el discurso del psicoanalista. Así es, así será, así debe ser.

6. El psicoanálisis aborda a las pulsiones a través de sus manifestaciones en el fantasma y de las expresiones clínicas de sus representantes. De las pulsiones sólo se llega a saber de modo indirecto: por sus fuentes, por sus objetos y por sus destinos en los caminos hacia el goce que pasan por el síntoma y la sublimación. El saber del psicoanalista es siempre inductivo; deductivo, jamás.

7. No se puede ignorar que los dos descubrimientos capitales de Freud, el del inconsciente y el de las pulsiones parciales, acéfalas, indomeñables, impregnadas de una aspiración a la destrucción (pulsión de muerte), obligan a reconsiderar la aparente y clara distinción establecida durante siglos entre “natural” y “cultural”. Freud hace estallar esa cómoda distinción bipolar. A partir de él los términos no son dos: son tres. Ni la anatomía (la naturaleza) ni la convención (en la vida social) son suficientes para dar cuenta del sexo que se escurre más allá de las dos. Habrá que escuchar al sujeto que habla y que expresa como puede, en su medio decir, la no complementariedad entre los sexos, esa incompatibilidad entre los sexos (dos) y el logos, que se llama inconsciente.

8. Para Freud³ la pulsión era “un concepto fronterizo (*Grenzbegriff*) entre lo anímico y lo somático... una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal”. Estas palabras, tantas veces citadas, son leídas con algunas salvedades por quienes nos consideramos emancipados del dualismo alma-cuerpo de raigambre cartesiana. El cuerpo viviente no es *res extensa* (mucho menos *res cogitans*) sino una tercera sustancia, sustancia gozante. Las aspiraciones al goce tropiezan con el orden significante, con el Otro, que limita y regula la satisfacción tachándola de imposible y prohibiendo el reencuentro del sujeto con el objeto real (*das Ding*) que está perdido desde el origen. Entre cuerpo y lenguaje hay una imbricación perpetua pues el cuerpo sólo llega a serlo por la intervención del significante y el significante sólo existe anclado en cuerpos vivos. Cuerpo y lenguaje, mordiendo cada uno por su lado de la cinta de Moebius, son consustanciales como dos caras de una moneda que se continuasen la una en la otra. El malestar, sin embargo, parece (*es*) ineludible y se expresa en esa multitud de fenómenos que llamamos “clínica del sujeto”. El sujeto es conjurado para hacer una elección: la bolsa o la vida, el cuerpo o el lenguaje. Como cada uno es consustancial con el otro no podrá optar sin padecer una pérdida, sin (formación de) compromiso. Deberá pagar con su goce.

9. La cultura no es uno de los polos del conflicto; no se identifica ni con el cuerpo ni con el lenguaje. Confundir cultura y lenguaje es error frecuente; por eso, de mayor gravedad. La cultura es una organización tendiente a paliar la falla que se produce para el sujeto por

³ S. Freud [1915], “Pulsiones y destinos de pulsión”, *O.C.*, cit., vol. XIV, p. 117.

la incapacidad del significante para domeñar o encauzar las aspiraciones pulsionales. La cultura no es el mal o la enfermedad del sujeto “natural”; es un intento, siempre fallido, para remediar los efectos de la falla geológica que se excava entre cuerpo y lenguaje. El resultado de esta imposibilidad que deja siempre un saldo de insatisfacción es el sujeto del inconsciente. Este sujeto es desde un principio un sujeto dividido en tanto que sexuado. La falla tiene dos modalidades de existencia, dos maneras diferenciadas de presentarse: una manera hombre y una manera mujer. Discutiremos esto de la mano de quien lo supo plantear: Lacan.

10. Ninguna mujer es hombre. Ningún hombre es mujer. Los dos existen en un planeta con dos hemisferios que no tienen vecindad ni límites dada la incompletud que los segrega y los distingue en el terreno de la sexuación. Mujeres y hombres se constituyen alrededor de un núcleo de ignorancia: saben que existe el Otro pero no pueden, por el discurso, saber cómo es ese Otro (sexo). Esa ignorancia no se salva ni estudiando biología ni yendo con el psicoanalista. Tampoco cambiando de sexo, que es una de las ofertas que hoy la cultura puede proponer al ser sexuado. El sexo es lo que no puede decirse, lo imposible, lo real, por una división que antecede a la famosa “identidad de género” que deriva de ella. El sexo es el corte que la cirugía de los dioses hizo en el andrógino platónico. Por el hecho de ser sexuado el *parlêtre*, *hablente*, es inacabado, limitado. El sujeto nace *en y por* esa falla.

11. El intento de normalizar la sexualidad que se constata en Occidente desde siempre⁴ y, muy en particular, desde los tiempos del triunfo de la religión monoteísta, permitiendo la presencia de la autoridad religiosa y política en los asuntos de alcoba, conspira contra la idea misma de “justicia”. Freud: “Una de las más evidentes injusticias sociales es la de que el estándar cultural exija de todas las personas la misma conducta sexual que, fácil de observar para aquellos cuya constitución se lo permite, impone a otros los más graves sacrificios psíquicos” (SR, 36).⁵ La civilización —ésta es su función esencial— intenta regular y ofrecer alternativas, modos de negociación, sobornos, amenazas cuando los sobornos no alcanzan, para atenuar y disimular

⁴ P. Quignard, *Le sexe et l'effroi*, París, Gallimard, 2002.

⁵ El argumento sobre la “injusticia” retorna, casi en los mismos términos, en 1930. (Cf. “El malestar en la cultura”, en *O. C.*, cit., vol. XXI, p. 102.)

el sacrificio pulsional inicial e inevitable que configura a los sujetos abocándolos a la insatisfacción. Por eso se tiene la impresión, empíricamente, como le sucedió al propio Freud, de que hay una antinomia entre cultura y pulsión. Al igual que entre pulsión e instinto. Se ven oposiciones donde no hay sino continuidad.

12. La voluntad de transgresión, efecto de la Ley, agrega una dimensión gozosa nada desdeñable al ejercicio de la sexualidad de modo tal que si se suprimiesen todas las restricciones conocidas habría que inventar otras nuevas. Es relativo y hasta inexacto repetir con la bella gitana llamada Carmen el estribillo de que el amor nunca conoció la ley: era necesario que el amor supiese de la moral y de la ley para poner en marcha las estratagemas que las subvierten. El resultado es un plus, plus de goce. El inconsciente, de noche en la vida onírica, de día en los avatares del sujeto deseante, es una brújula que marca siempre el invariable norte: la apetencia gozosa. La cultura, tanto en 1908 como en 2008, en Viena como en Shanghai, regional o global, con diferentes vestimentas y maquillajes, es un conveniente conjunto de vallas que el inconsciente se empeña en sortear arriesgando la vida y no pocas veces muriendo en el intento. No es la antagonista y enemiga de la pulsión; es, en todo caso, su cómplice, *the secret sharer*.

13. Freud puso de manifiesto las relaciones existentes entre las constricciones para el ejercicio de la sexualidad y lo que hoy vemos retrospectivamente como la patología dominante en su tiempo: la “neurosis ordinaria”, la que él exploró y trató de curar en sus “enfermos”. Tal era, hace cien años, la “nerviosidad moderna”. Hoy podemos reconocer en esa neurosis generalizada la condición de su época, efecto del proceso de la incorporación de la carne humana al cuerpo del Otro pasando por las encrucijadas que él reunió con los nombres de Edipo y castración a los que hizo “complejos”. Freud adujo que era inevitable el conflicto entre las pulsiones —que se empeñan en lograr sus fines— y las barreras que la cultura impone. Luego pudo constatar que el par naturaleza-cultura se ve desafiado por la búsqueda de un goce que se ubica “más allá” de los principios complementarios del placer y la realidad. Las consignas de postergación, clandestinidad y fijación de límites así como los conceptos de pecado, degeneración y libertinaje se manifestaban en relatos con personajes paradigmáticos que acababan pagando la culpa por su transgresión con una cuota de goce adicional. (Don Juan, de Sade, Francesca y Paolo da Rimini, Abelardo y Eloísa, Tristán con su Isolda, Romeo y Julieta, Wilde compo-

niendo su balada en la cárcel de Reading, Nietzsche con su sífilis.) El hombre edípico, sometido a las imposiciones culturales, denunciado por el poeta Gherasim Luca⁶ y, después, por Deleuze y Guattari,⁷ ese invento surgido del sueño de Freud,⁸ es el de la “neurosis ordinaria”, “el hombre sin atributos”⁹ hecho para desear en vano.

14. Si... Si el conjunto de obstáculos que impiden la satisfacción fuese tan sólo una construcción que respondiese a los intereses dominantes en una cultura en particular y no a una serie de imposiciones procedentes de las tres instancias que hemos señalado: de la naturaleza o de la pulsión o de la sociedad considerada de modo abstracto, entonces, en tal caso, cabría pensar en un análisis racional de esas barreras que hiciese posible la desconstrucción de tales trabas. El psicoanálisis tendría una función moralizadora y podría orientar a los extraviados de la buena senda para alcanzar el goce sin la culpabilidad. No es así. La tarea de desconstrucción de las “morales sexuales” prosigue hasta encontrar a la castración como condición estructural que marca el límite, algo que hace de una barrera “casi natural”,¹⁰ la del placer, el objeto de una prohibición imposible de rebasar. ¿Cómo ir más allá del goce fálico, regulado por la angustia de castración?

15. Si... Si el resultado de la sexualidad “cultural” planteada en los términos del Freud de 1908 fuese una enfermedad colectiva, habría lugar para que un “médico, un verdadero médico” (Nietzsche¹¹ decía) proponga los remedios. Los remedios, podía pensarse en un primer momento, consistían en facilitar el acceso al placer sexual eliminando las trabas interpuestas por la cultura. En ese proyecto (higiénico e iluminista) destacan el nombre y el artículo de 1908, cuando Freud sos-

⁶ Gh. Luca [1945], *L'inventeur de l'amour*, París, José Corti, 1994. En español: *El inventor del amor. La muerte muerta*, Barcelona, La poesía, Señor Hidalgo, 2007. Traducción (defectuosa) de Eugenio Castro.

⁷ G. Deleuze y R. Guattari, *L'anti-Oedipe. Capitalisme et schizophrénie*, París, Minuit, 1972. Hay traducción española de F. Monge: *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Barral, 1973.

⁸ J. Lacan [15 de abril de 1970], *Le Séminaire. Livre XVII. L'envers de la psychanalyse*, París, Seuil, 1991, p. 159.

⁹ R. Musil [1930, 1933], *Der Mann ohne Eigenschaften*. Hay traducción al español: *El hombre sin atributos*, Barcelona, Seix Barral, 1969, trad. de José M. Sáenz.

¹⁰ J. Lacan, “Subversion du sujet et dialectique du désir”, *Écrits*, París, Seuil, 1966, p. 821. En español, *Escritos 2*, México, Siglo XXI, 1975, p. 801.

¹¹ F. Nietzsche [1886], “Prólogo a la segunda edición de *La gaya ciencia*”, *Obras completas*, tomo III, Madrid, Aguilar, 1964, p. 25.

tenía posiciones que él mismo dejaría en el camino con el giro hacia el goce y las pulsiones de muerte que hacen de la diferencia entre los sexos una “roca viva” no pasible de desconstrucción. El psicoanálisis no es profiláctico.

16. Freud no se quedó para repetir la misma melodía. Insistió en defender la originalidad de su planteamiento contra una posible desviación “culturalista” de sus tesis.¹² Criticaba a Jung y a su concepción de la libido en estos términos: “de la sinfonía del acaecer universal se alcanzaron a escuchar sólo un par de acordes culturales y se desoyó de nuevo la potente, primordial melodía de las pulsiones”. La acusación contra su antiguo discípulo era la de despojar a la libido de su índole sexual para asociarla tan sólo con ciertos procesos de la cultura y desviarla para que sirva a los intereses de la moral y de la religión. Aprovechando la reconocida maleabilidad de los fines pulsionales y subrayando, en particular, la concepción ambigua de ese destino tan necesitado de un fino análisis que es la sublimación, Jung pretendía afinar la música discordante de lo sexual alrededor de “un par de acordes culturales”. Para Freud el sexo no puede entenderse como una manifestación espiritual ni en su origen ni en su destino. No es una mera construcción del significante con efectos imaginarios; pertenece también, y en esencia, al registro de lo real. No tiene un origen “de antiguo abolengo” del que habría caído ni una finalidad “sublime” adaptable “a las ilaciones de pensamientos abstractos de la ética y de la mística religiosa” (cit.). El sexo no forma parte de la cultura sino que se manifiesta ante ella como su “otro”.¹³ La cultura pretende apropiarse de él, encauzarlo como “sexualidad”, entubarlo como a un río que tiende a salir de su cauce, “civilizarlo”, ofreciéndole de preferencia —¿por qué no?— toda clase de desagües. Pero la pulsión, a diferencia de la sexualidad, no es ni natural ni cultural: no se deja gobernar, comprar ni adulterar, no es una sustancia plástica susceptible de manipulación y sometida a las leyes bioquímicas de los circuitos neuronales de recompensa. Eso es lo que significa estar “más allá del placer” y de los intereses yoicos de la autoconservación. Di-

¹² S. Freud [1914], “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, en *Obras completas*, cit., vol. XIV, p. 60.

¹³ J. Copjec, *Read my desire: Lacan against the historicists*, Cambridge (Mass.) y Londres (RU), Massachusetts Institute of Technology, 1994, pp. 201-217. Traducción al español (de G. Ubaldini), *El sexo y la eutanasia de la razón*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pp. 19-64.

gamos, resumiendo y confesando el pecado de la reiteración: el sexo no es natural ni cultural: es gocero y vive fuera de la historia. Por eso el psicoanálisis no es ni siquiera una “erotología”, palabra que Lacan propuso en su seminario del 16 de diciembre de 1962: su Dios no es Eros. El saber freudiano ha dado pie, eso sí, a una “gozología”.¹⁴

17. El psicoanálisis nace como disciplina autónoma a partir de la escucha del inconsciente y ello significa abolir las pretensiones de “la anatomía o la convención” para dar cuenta de la sexualidad.¹⁵ El duro naturalismo biólogo y el blando culturalismo pueden esgrimir, como Freud lo hiciera en un principio, la tesis de la *bisexualidad*. Esta tesis fue relativizada por Freud mismo cuando propuso la universalidad del complejo de castración. Por la castración, la diferencia entre los sexos deja de ser una cuestión de grados, de cantidades relativas de componentes masculinos o femeninos y pasa a ser la línea divisoria que hace posible al discurso, a todo discurso. El sexo es alérgico a los porcentajes. No es una variable estadística. Deja mudo a Kinsey y ahoga el tañido de las campanas de Gauss.

18. Conviene evocar los arcaicos acordes de la supuesta sexualidad “natural”. En ella es capital la disociación entre dos modos de organización física y psicológica de los seres humanos: una masculina y una femenina, derivada de la distinción zoológica entre machos y hembras. Para esa concepción “natural” es legítimo buscar entre ambos sexos la complementariedad. Freud¹⁶ será el primero en indicar que, en el nivel de la organización subjetiva, es decir, en el inconsciente, la distinción entre “masculino” y “femenino” no encuentra ningún sustrato preciso y lo más aproximado a ella que puede señalar es la oposición entre “actividad” y “pasividad”. Después será todavía más tajante: “Aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender. ¿Podrá hacerlo la psicología?... Decimos que un ser humano se comporta en este punto de manera masculina y en otro femeninamente. Pero pronto se verá que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar *ningún* contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino... En el campo de la vida sexual humana

¹⁴ N. A. Braunstein, *El goce. Un concepto lacaniano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 145. Hay traducción al portugués: *Gozo*, São Paulo, Escuta, 2007.

¹⁵ S. Freud [1932], “La feminidad”, *O. C.*, cit., vol. XXII, pp. 106, 107 y 108.

¹⁶ S. Freud [1923], “La organización genital infantil”, *Obras completas*, cit., vol. XIX, p. 149.

notarán en seguida cuán insuficiente es hacer corresponder conducta masculina con actividad y femenina con pasividad.” Explícitamente desaconsejaba dejarse llevar por esa equívoca analogía: “Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo [...] Por eso tampoco la psicología resuelve el enigma de la feminidad.”¹⁷

19. ¿Es la diferencia sexual una construcción susceptible de desconstrucción discursiva? ¿Pertenece al campo de la “sexualidad” que hemos venido distinguiendo cuidadosamente del “sexo” como aquello de lo que se ocupa el psicoanálisis? La pregunta se ha hecho candente en las dos últimas décadas por la presencia de ciertos discursos “comprometidos” con los cambios culturales en marcha que plantean el valor político de la impugnación de la diferencia entre los sexos y que buscan en la teoría y práctica del psicoanálisis argumentos propicios para su fundamentación teórica. Hablamos del “feminismo de los años sesenta y setenta, de los *gay and lesbian studies* de los años setenta y ochenta, de la *queer theory* de los noventa y dos mil.

20. Las diferencias psicológicas entre los sexos —para el Freud de 1925—¹⁸ son un derivado de las diferencias anatómicas y dependen de los distintos modos de atravesar por el Edipo y la castración (el Edipo, afirmaba, es primario en los varones y secundario en las mujeres). Las diferencias no son un efecto “cultural” regulado por la historia para encauzar a los cuerpos mediante ciertas ideas preconcebidas sobre la naturaleza del hombre y de la mujer. Estas “consecuencias psíquicas” llevaron a “algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica entre los sexos” (Frida Saal)¹⁹ que no pueden ser desatendidas por el pensamiento psicoanalítico aunque no sean su campo específico de acción y reflexión. La diferencia sexual fue utilizada como racionalización de la dominación de una mitad de la humanidad sobre la otra. El psicoanalista da cuenta de esta situación histórica promotora de la falocracia y, en los niveles personal e institucional, puede “comprometerse” en la movilización política por la abolición de la diferencia *legal y normativa* entre los sexos y por la impugnación de todo cuanto huela a ideología heterosexista sin abdicar por ello de los descubrimientos freudianos relativos a la naturaleza asexuada de la pulsión. Hay que

¹⁷ S. Freud [1932], “La feminidad”, *O. C. cit.*, vol. XXII, p. 106.

¹⁸ S. Freud, [1925], “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos”, *O. C.*, cit., vol. XIX, pp. 267-276.

¹⁹ F. Saal [1981], “Algunas consecuencias políticas de las diferencias psíquicas entre los sexos”, en *Palabra de analista*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 15-40.

decirlo para cambiar los términos de una añeja y estéril discusión: el saber no excluye la militancia y la militancia no excluye el saber.

21. El jardín donde los malentendidos florecen cuando se enfrentan los partidarios de un “nuevo desorden sexual” contra aquellos que lo lamentan, el corazón del debate, es la discusión y la confusión entre los conceptos de *género* y *sexo* masculino o femenino. Obviemos los rudos términos del enfrentamiento y reconozcamos dos entidades diferentes: el *género* es una construcción lenguajera, un efecto del significante, el resultado de una definición del sujeto que se identifica con ciertos significantes ofrecidos por la cultura y que le permiten calificarse y ser calificado como “hombre” o como “mujer” y actuar en consecuencia. En ese sentido es una opción identitaria.²⁰ El género es algo que ha sido hecho y por lo tanto puede ser deshecho mediante una expansión de la conciencia, mediante una denuncia de las coacciones sexistas y mediante las correlativas batallas culturales que siembran una “confusión subversiva” (Butler, cit.) en torno a las imposiciones heterosexistas de los sectores tradicionalmente dominantes en la cultura. Hay, efectivamente, una legítima política de género y un interés por profundizar en los “estudios de género” dentro de los “estudios culturales”. El psicoanálisis no se ubica en contra de estas posiciones o como una alternativa; simplemente sostiene que su objeto y su discurso son otros y que gira en otra órbita. Es un interlocutor. Privilegiado por su saber escuchar.

22. Cabe al analista reconocer y denunciar —y lo hace desde el artículo de Freud de 1908 que da pie a este libro conmemorativo— la presencia de los mencionados efectos del significante en la configuración subjetiva de los hombres y las mujeres. De tal modo el psicoanálisis puede sustanciar las luchas de los marginados (mujeres, minorías sexuales y raciales, discriminados y *queers*) por la igualdad en sus derechos. Sostiene sin embargo, y es de ahí de donde la discrepancia arranca, que el estruendo de la batalla en torno a las limitaciones impuestas por la cultura no hace sino subrayar un punto irreductible, una diferencia que es independiente de la intervención del significante y que, por lo tanto, no es susceptible de desconstrucción. El *sexo* no es una limitación secundaria, histórica, impuesta culturalmente. Es, por el contrario, la posibilidad de existencia de la cultura. En efecto,

²⁰ Esta posición está representada de modo ejemplar por Judith Butler y en particular su obra *Gender trouble*, Nueva York y Londres, Routledge, 1990.

el sujeto, más allá de la naturaleza o de los cromosomas, más allá de todo prejuicio o legislación falocéntrica, es siempre y desde un principio un sujeto sexuado. Sólo es posible hablar desde una posición sexuada que está más allá del sentido de las frases que se enuncian. Por eso se plantea que el sexo no es una *limitación* que puede hacerse retroceder sino un *límite* (la distinción entre *limitaciones* (*Schranken*) y *límite* (*Grenze*) es kantiana)²¹ que tiene fundamento real y va más allá de las identificaciones imaginarias y simbólicas establecidas por la cultura. Decir que el sexo —o la pulsión: recordemos, *Grenzbegriff*— es un *límite* implica que no es un objeto que forma parte de la cultura sino que es la frontera de la cultura a partir de la cual la cultura existe: es su condición de posibilidad, el fundamento de la participación en ella de cada uno de los hablantes que lo hace por fuerza desde una posición sexuada en el campo hombre o mujer definida por las fórmulas lacanianas de la sexuación en relación con el significante fálico.²² El falo ordena dos modos de la incompletud —de la castración, de la falla— para el ser que habla. Es por eso por lo que el sexo constituye una frontera y una barrera a toda completud en lo imaginario o en lo simbólico. El discurso, esa composición significativa que caracteriza a la participación del sujeto en la cultura, se hace siempre desde una posición enunciativa sexuada. Los serafines no hablan.

23. No existe primero un sujeto asexuado pero ya incluido en el campo del lenguaje al que luego se le agregaría, como un aditamento más o menos arbitrario, la cualidad de masculino o femenino. El sujeto de la enunciación es, desde un principio, sexuado: “hombre” o “mujer”, y es entre una y otra posición discursiva, que no son posiciones ilustradas en el *Kama Sutra*, donde tiene vigencia la proposición de que “la relación sexual no existe”. La relación sexual no puede escribirse²³ y esta imposibilidad se muestra en “dos formas de fallar (*rater*) el asunto, la relación sexual”: una masculina y una femenina.²⁴ “Eso fracasa. Es algo objetivo... El fracaso, ése es el objeto... La esencia del objeto es el fracaso (*ratage*).” La cultura es la organización significativa que tiende a canalizar la imposibilidad de la relación sexual haciendo, de la necesidad —es decir, de la incompletud y de

²¹ E. Kant [1783], *Prolegomena* # 57 y 59.

²² N. A. Braunstein [1996], “El falo como S.O.S. (significante, órgano, semblante)”. *Por el camino de Freud*, México, Siglo XXI, 2001, pp. 112-120.

²³ G. Morel, *Ambigüités sexuelles*, París, Anthropos, 2000, p. 19.

²⁴ J. Lacan [1973], *Le Séminaire. Livre XX. Encore*, París, Seuil, 1975, pp. 53, 54 y 55.

la imposibilidad— virtud. Como dijimos, un remedio, *fármakon*, que muchas veces acaba por agravar el mal que pretende mitigar y que es inherente a la condición humana.

24. Una innovación disonante. Cabe insistir en la claridad ¿o premonición? freudiana manifestada hace 100 años al distinguir un aspecto *positivo* en la sexualidad (la “perversión”) y otro que es su *negativo* (la neurosis). Una lectura simplificadora diría que el perverso actúa lo que el neurótico fantasea y se abstiene de realizar, que la distinción es meramente fenomenológica entre uno que hace y otro que se abstiene de hacer. Otra lectura, igualmente reduccionista, sostendría que la oposición entre “positivo” y “negativo” es una metáfora cuyo origen ha de buscarse en la fotografía. Pero Freud no deja lugar a dudas: la aptitud para la perversión y su actuación permiten escapar a la enfermedad y se cargan así de un valor “moral” y hasta higiénico, de una moral y de una higiene a contracorriente de la normatividad monogámica y heterosexista. Positivo y negativo: si al fin del análisis el sujeto se encuentra con la libertad para el acto perverso... la posibilidad misma de considerar a ese resultado como favorable o deseable ilustra lo que Freud indicaba al señalar el “positivo” de ese “negativo” que es la neurosis.

25. Siguen las notas disonantes. Oigamos la perspicacia de Freud al referirse siempre a la “así llamada” (*sogenannte*) perversión y a la “así llamada” normalidad (SR, pp. 33 y 36), así como su sagacidad al distinguir, más allá de la pretendida “normalidad” neurótica, *por una parte*, a la perversión y, *por otra*, a la homosexualidad (SR, p. 34), rechazando asimilarlas entre sí al igual que emitir cualquier juicio valorativo de una de ellas. Señalaba también Freud “la especial aptitud de la pulsión sexual en los homosexuales para la sublimación cultural” (íd.). No deducía de ello que hubiese pulsiones homo o heterosexuales, masculinas o femeninas, positivas o negativas. Es claro: la pulsión es asexuada o, como lo escribiríamos hoy, *asexuada*. El objeto de la pulsión, el objeto *a*, plus de goce y causa del deseo, es impermeable a la diferencia entre los sexos. No hay pulsión genital. La persona del mismo o del otro sexo, el *partenaire*, no es objeto de la pulsión pues las pulsiones tienden al placer de órgano y son siempre parciales. El objeto del amor no se confunde con el objeto de la pulsión.

26. No escapaba al fundador del psicoanálisis el efecto mórbido que provocaba la obligación de ocultar sus tendencias que se imponía a perversos y homosexuales, volviéndolos “socialmente ineptos y

desdichados” e “inhibidos en su interior y paralizados hacia fuera” en cuanto a su capacidad para intentar realizar sus posibilidades vitales. La homosexualidad como condición infamante y vivida de modo oprobioso con enormes sufrimientos que llevó a miles a la desgracia y al suicidio es una característica de las sociedades occidentales hasta muy avanzado el siglo xx. El racisexismo, término con el que ligamos las dos formas más difundidas de la discriminación y que preferimos al difundido vocablo “homofobia”, fue y sigue siendo feroz.

27. El racisexismo es una consecuencia política ineludible de la imposición y la impostura de normas sexuales. En la historia de Occidente, una oprobiosa manifestación de esa heteronormatividad tan denunciada por Freud, por Foucault y por la teoría *queer*.²⁵ El psicoanálisis no es normativo pero, por razones éticas, estéticas y científicas, no puede contemporizar con la injusticia. *La justicia* (a diferencia del derecho), *como el sexo*, (a diferencia de la sexualidad), *pertenece a lo real: ni la una ni el otro son susceptibles de desconstrucción*.²⁶ Por eso la justicia y el sexo son ajenos a la moral, a cualquier moral.

28. El deseo humano no es en un principio ni homo ni heterosexual como una vana polémica tiende a promover hoy en día tomando partido a favor de uno u otro. “El deseo no está determinado por el sexo opuesto sino por el objeto *a* que necesariamente precede al género” (Dean, cit., p. 245). Desde el punto de vista del inconsciente no tiene sentido hablar de elecciones de objeto hetero u homosexuales. En esta línea de pensamiento puede muy bien decirse que cuando Freud rechaza la idea convencional de que el deseo amoroso se orienta de manera congénita hacia objetos del otro sexo está planteando un desafío específico a la heteronormatividad en el plano sexual y que por lo tanto es Freud y no Foucault el fundador intelectual de la *queer theory* que tiene vigencia en el terreno académico desde 1990 y que muestra ya signos de agotamiento.

29. Desde una perspectiva clínica habrá que impugnar el significante “homofobia” pues las llamadas “fobias” pertenecen al discurso médico, son siempre vistas como “enfermedades” que colocan al sujeto en una situación de malestar y de búsqueda de auxilio para un

²⁵ Tim Dean, “Lacan and queer theory”, en J.-M. Rabaté (ed.), *Cambridge Companion to Lacan*, Cambridge (UK), 2003, pp. 238-252.

²⁶ J. Derrida [1994], *Fuerza de ley. El “fundamento místico de la autoridad”*, Madrid, Tecnos, 1996.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

ÍNDICE

<u>PRELUDIO, <i>por</i> NÉSTOR A. BRAUNSTEIN y BETTY B. FUKS</u>	<u>7</u>
<u>LA MORAL SEXUAL “CULTURAL” Y LA NERVIOSIDAD MODERNA</u> <i>por</i> SIGMUND FREUD	<u>11</u>
<u>48 VARIACIONES SOBRE EL TEMA DE LA “MORAL SEXUAL”</u> <i>por</i> NÉSTOR A. BRAUNSTEIN	<u>31</u>
1905-1908: LA SUBVERSIÓN FREUDIANA. DE LOS “TRES ENSAYOS” A “LA MORAL SEXUAL ‘CULTURAL’” <i>por</i> MARCO ANTONIO COUTINHO JORGE	55
FREUD: UNA CRÍTICA DE LA RAZÓN SEXUAL <i>por</i> ANA MARIA RUDGE y BETTY B. FUKS	77
LA “DOBLE MORAL (SEXUAL)”, <i>por</i> MARTA GEREZ AMBERTÍN	97
CULTURA SEXUAL Y NERVIOSIDAD HIPERMODERNA <i>por</i> DANIEL KOREN	107
TRAS EL CRISTAL. METAPSICOLOGÍA DE LA NERVIOSIDAD <i>por</i> ALEJANDRO SALAMONOVITZ WEINSTOCK	147
DE LA NERVIOSIDAD AL ENMUDECIMIENTO <i>por</i> CARLOS L. FERNÁNDEZ GAOS	161
IDEAS ACERCA DE “LA MORAL SEXUAL ‘CULTURAL’ Y LA NERVIOSIDAD MODERNA”, <i>por</i> SÉRGIO TELLES	171
HERENCIA Y ERRANCIA DE UN TEXTO <i>por</i> URANIA TOURINHO PERES	194
<u>LOS AUTORES</u>	<u>213</u>



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

